

manos sirven de barrera para defenderse de la inconstancia; tarde ó temprano se conoce el buen efecto de aquellos primeros pasos; despues de haber metido tanto ruido, sería mucha vergüenza volver atrás. ¡ Dichosa necesidad! ¡ dichoso fruto de aquella animosa declaracion!

3. ¿ Quieres pues libertarte desde luego de los importunos sobresaltos del amor propio y de los artificiosos lazos del enemigo? Pues afecta, por decirlo así, dejarte ver en público con un vestido modesto, con una compostura, con unas modales que ellas mismas estén publicando tu mudanza; muéstrate resuelto y determinado por todas tus respuestas, prontas y precisas en punto de la virtud. Una de las mas piadosas y de las mas útiles declaraciones, es ir á oír misa con modestia y con devocion ejemplar en aquellas mismas horas y á aquellas mismas iglesias donde antes te dejabas ver con tan poco respeto y con tan ninguna reverencia. Algunos cristianos hay tan generosos y tan santamente intrépidos, que de proposito comulgan algunas veces en la misa de los indevotos, de los perezosos; es decir, en la misa de once ó doce, á que suelen concurrir los pisaverdes. Ciertamente que son muy debidos al público estos buenos ejemplos. Guárdate bien de detenerte un punto en confesar que vas á visitar al Santísimo Sacramento; que vienes de hacer lo mismo con los pobres, etc. Pues qué, ¿ se ha de hacer vanidad en el mundo de decir que se va ó se viene de la comedia, y se habia de tener vergüenza de decir que se va á la iglesia, ó que se viene del hospital? Ten horror toda la vida de una timidez, de una cobardía tan indigna.

## DIA VEINTE Y UNO.

### SAN DOSITÉO, CONFESOR.

Ninguna cosa enseña mejor ni aun tan bien, como los ejemplos. Por eso ha querido el Señor proponér-noslos en todas edades, en todas condiciones, en todos estados, atajando por este medio los falsos pretextos de que pudiera servirse nuestro amor propio para desviarnos de la virtud. Quiso confundir nuestra cobardía, poniéndonos á la vista la santidad de aquellos, que siendo mas jóvenes, mas débiles, mas delicados, menos sabios que nosotros, no por eso dejaron de arribar á un eminente grado de virtud, aun ceñidos siempre dentro de los límites de los empleos menos lustrosos, y de las acciones mas comunes y ordinarias.

Fué Dositéo un jóven noble, hijo de un prefecto, es decir, del ministro de la guerra, ó de un tribuno, que era un oficial que mandaba en jefe un cuerpo de tropas, como son nuestros maestros de campo. Como estaba en la flor de su edad, y era de bella disposición, airoso y bien proporcionado, era tambien las delicias de toda su familia, y el ídolo de su padre que le crió con la mayor delicadeza y con el mayor regalo. Aunque eran cristianos sus padres, le dieron una lastimosa educacion, manteniéndole en una total ignorancia de la religion cristiana; y por miedo de atarrearle y de quitarle la libertad, no le aplicaron á los estudios, dejándole vivir sin darle la mas leve tintura de letras ni de facultades. Si Dositéo no se precipitó en las mas funestas licencias de la juventud, debiólo á la buena inclinacion de su bella índole, ó

por mejor decir, á la especial gracia con que el cielo le preservó de los mayores escollos. Era Dositéo de un natural dulce, gracioso y apacible; á que añadiéndose la hermosura de su semblante, la proporcion airosa de su talle, la delicadeza y blancura de su tez, con unas modales desembarazadas, modestas y llenas de una noble ingenuidad, junto todo con una rara inocencia de costumbres, le hacian universalmente amado de todo el mundo. Sobre todo, el padre estaba tan hechizado con su hijo, que no sabia negarle gusto alguno; y esta excesiva condescendencia fué la causa de su grosera ignorancia.

En esta regalona ociosidad vivia Dositéo cuando oyó hablar del viaje de la Tierra Santa. El Señor, que tenia particulares designios sobre aquella alma privilegiada de su gracia, le inspiró el deseo de hacer este viaje. Apenas dió á entender á su padre la curiosidad que se le habia excitado, cuando al instante providenció todo lo necesario para complacerle. Estaban algunos oficiales para hacer aquella jornada por devocion, y el tribuno les pidió que llevasen consigo á su hijo Dositéo, haciéndole el gusto de cuidar de su comodidad y de su regalo. Apenas llegaron á Jerusalem, cuando todas las cosas grandes y santas que veia en aquellos sagrados lugares, le tenian como embelesado, haciéndole especialmente grande impresion todo lo que oia decir de nuestros sacrosantos misterios. Condújole un dia la divina Providencia á cierta iglesia cerca de Gethsemani, que es un valle al pié del monte de las Olivas, distante algunos centenares de pasos de Jerusalem, y vió en ella una pintura que le llamó toda su atencion. Era un vivísimo retrato de los tormentos que los condenados padecen en el infierno; y como nuestro jóven ignoraba enteramente lo que la fe nos enseña en este punto, quedó como suspenso y atónito. Consideraba inmóvil aquel horro-

roso lienzo, fijos los ojos en todas las tristes figuras que en él se representaban, cuando se llegó á él una señora vestida de púrpura, respetable por su majestuosa gravedad, y por todo su aire celestial, la cual le explicó lo que significaba aquella pintura, declarándole todos sus misterios. Aturdido Dositéo con lo que estaba oyendo, escuchaba á la señora con un profundo silencio; pero volviendo en sí del asombro, la preguntó cortesanamente qué haria para evitar la desgracia de caer en aquellos horrendos suplicios: *Hijo mio, le respondió la matrona, si quieres no ser del número de los condenados, ayuna, no comas carne, y ora sin cesar*; y diciendo esto desapareció. Nunca dudó nuestro santo que esta señora habia sido la santísima Virgen, y así la profesó siempre una ternísima devocion, que cada dia fué creciendo hasta la muerte.

Luego que Dositéo volvió á la posada, comenzó á poner en práctica el consejo de aquella celestial Señora. Su ayuno, su abstinencia, su oracion continua y su perpetuo recogimiento admiraron á los oficiales en cuya compañía habia venido. No perdonaron á diligencia alguna para divertirle, para hacerle comer, y para distraerle; pero no fué posible hacerle mudar de método. Viendo su constante perseverancia, le dijeron que aquella vida no era correspondiente á un hombre del mundo, y que si pensaba conservarla hasta la muerte estaria mejor en un monasterio. Dositéo, que jamás habia oido hablar del estado religioso, preguntó qué cosa era monasterio. Respondiéronle, que monasterio era una casa santa y recogida, donde se encerraban los que querian vivir únicamente para el cielo, pasando la vida bajo la obediencia de un prelado, en ejercicios de penitencia y de oracion, sin comunicacion con los seglares. Agradóle tanto esta descripcion de la vida religiosa, que

no dejó en paz á aquellos caballeros hasta que le llevasen á un monasterio. Uno de ellos le condujo al desan Serido, que era amigo suyo. Luego que le vió el santo abad, quedó prendado de él, y preguntóle qué quería. Él solo respondió : *Salvarme*. Con todo eso, conociendo el prudente abad por su vestido, por su delicadeza, por su aire y por todas sus modales que era jóven de muy distinguida calidad, y sospechando que quizá habria hecho alguna travesura, por la cual se habria escapado de su casa huyendo del castigo, temió que si le recibia tendria acaso que padecer el monasterio. Con estos temores llamó á son Dorotéo, que era su principal discípulo, y declarándole lo que recelaba, le encargó que examinase la devocion de aquel jóven. Dorotéo, que tenia conocidamente el don de discrecion de espíritus, le examinó muy despacio; mas no pudo sacar de él otra cosa sino que queria salvarse, y pedia por gracia que le recibiesen en el monasterio. Cuando Dorotéo dió cuenta al abad de su comision, le dijo que *habia descubierto en aquel jóven un natural tan bello, tan buen fondo, tanto candor y tanta sinceridad, que no podia dudar ser muy legitima y muy perfecta su vocacion, y que no habia que temer*. Asegurado san Serido con este dictámen, le recibió al punto, y se le encargó al mismo Dorotéo, quien siendo enfermero, le hizo su alumno.

Viendo el prudente Director con aquella grande discrecion de espíritus de que el Señor le habia dotado, que su nuevo discípulo era jóven, tierno, delicado y criado con todo regalo, no quiso sujetarle desde luego á todas las austeridades y mortificaciones que los demás monjes practicaban; contentóse por entonces con enseñarle á obedecer con alegría y con puntualidad, á no tener voluntad propia, á mortificar sus inclinaciones, y á desprender su corazon hasta de las cosillas mas menudas. Aplicóse á hacerle amar la hu-

mildad y las humillaciones, y poco á poco le enseñó á ser sobrio. Al principio le dijo que comiese todo el pan que á su parecer hubiese menester para contentar su apetito, mandándole solamente le diese cuenta de la cantidad de pan que comia cada vez. Obedeció á la letra Dositéo, dando cuenta puntual á su maestro del pan que comia. Pasados algunos dias, le aconsejó que hiciese experiencia si cercenando alguna corta porcion de aquella cantidad sentia novedad en la salud. Hizolo así el santo mancebo; y diciendo á su maestro que no experimentaba la menor novedad. — *Pues, hijo mio, le replicó el prudente Dorotéo, prueba por quince dias si dejando en cada uno de ellos media onza de pan, por amor de Dios, te sientes menos robusto*. Echó Dios la bendicion á la industria del maestro, y á la docilidad del discípulo; porque Dositéo, á quien no bastaban al dia cuatro libras de pan en los principios de su conversion, se redujo insensiblemente á contentarse con solas ocho onzas, sin haber enflaquecido ni experimentado en sus fuerzas decadencia.

Muerto el santo abad Serido fué colocado en su lugar san Dorotéo. El nuevo abad, que conocia bien así la delicada complexion como la débil salud de su querido discípulo Dositéo, tenia gran cuidado de moderar su fervor, que iba creciendo cada dia, atemperando prudentemente los empleos á sus fuerzas. Dejóle en el oficio de enfermero, limitándosele á que tuviese aseada la enfermeria, y á que cuidase del regalo de los enfermos, y que nada les faltase. Exhortábale á estar continuamente en la presencia de Dios, á corregirse cada dia de algun defecto, á no dejar sin dolor y sin castigo las menores faltas, á no hacer cosa alguna por su propia voluntad, á no tener apego á persona ni á cosa alguna de esta vida, á no ejecutar aun las acciones mas menudas y mas ordinarias sino pura-

mente por motivo de agradar á Dios, y á no temer nada tanto como desagradarle.

Puso en ejecucion el santo mancebo con la mayor exactitud estos saludables consejos, cuya puntual fidelidad en observarlos le hizo arribar en menos de cinco años á una eminente santidad, por el continuo ejercicio de las acciones mas comunes y de menos ruido. Jamás se desmentian su dulzura, su modestia y su profunda humildad, siempre igual, siempre oficioso, siempre alegre; de manera, que solo con ver aquel risueño y angelical semblante, se consolaban los enfermos. Todo su estudio era hacer perfectamente todas las acciones; ninguna falta se perdonaba; y si le sucedia alguna vez, ó levantar algo mas la voz, ó escapársele algun repentino impetu de su natural, estaba inconsolable.

Habiendo hablado en cierta ocasion con alguna mayor viveza á uno de los hermanos que asistian á los enfermos, se retiró á la celda, y postrado en tierra con la boca en el suelo, no cesaba de llorar y de gemir. Vióle un monje, y fué á dar cuenta al abad, que hallándole en este estado, bañado en sus propias lágrimas. — *Hijo*, le preguntó: *¿qué significa ese llanto, y porqué lloras?* — *Padre*, respondió Dositéo, *porque siempre soy imperfecto, y acabo de ofender á Dios, hablando ásperamente á mi hermano.* — *Dios te ha perdonado esa falta*, respondió el abad, *levántate, y vuelve á tu oficio.* Obedeció; levantóse al punto, y volviendo á su serenidad y á su alegría ordinaria, prosiguió cumpliendo con su empleo con mas fervor que nunca.

No podía subir mas de punto el candor y la ingenuidad. Descubria á su padre espiritual hasta los mas mínimos pensamientos que se le ofrecian. Acababa un dia de hacer las camas á los enfermos, y pareciéndole que las habia hecho con algun aseo, tuvo cierta secreta complacencia. Casualmente apareció entonces

por allí san Dorotéo, y el sincerísimo discípulo le dijo. — *Padre*, *me viene vanidad, porque me parece que he hecho bien las camas.* — *Hijo*, le respondió al punto el prudente maestro, *eso á la sumo probará que eres buen enfermero; mas no prueba que eres buen religioso.*

El miedo que tenia Dorotéo de que á un corazon tan puro no se le atreviese el mas mínimo apego, le obligaba á criarle con un total desasimiento. Dióle un dia paño para que se hiciese un hábito nuevo; trabajó en él Dositéo muchos dias, y le costó mucha fatiga coserle. Llevósele al fin al abad; el abad le mandó que se le diese á otro monje, y que él hiciese otro hábito nuevo para sí. Ejecutólo el santo jóven, y se repitió con el segundo hábito lo mismo que se habia hecho con el primero. Muchas veces le hizo repetir estos sacrificios en semejantes actos de desasimiento, y Dositéo los hacia no solo sin quejarse, no solo sin repugnancia, sino cada vez con mayor alegría.

Dióle un dia el mayordomo de la casa un cuchillo muy lindo para que se sirviese de él en su oficio; y llevándosele luego al abad, le pidió licencia para guardar aquella alhajita tan curiosa, y usar de ella en servicio de los enfermos. Conoció luego el sagaz prelado la inclinacioncilla que mostraba su querido discípulo á aquel meuble, y como todo su estudio era desprender aquel inocente corazon del mas mínimo asimiento: — *Pues qué*, Dositéo, le dijo, *¿quieres ser esclavo de un cuchillo desprezable, en perjuicio del perfecto desasimiento que Dios te pide? Ese afectillo á un vil instrumento reparte el corazon que debe ser todo de Dios, y que su Majestad quiere poseer solo como su único y soberano dueño. Así pues, doy enhorabuena licencia para que ese cuchillo sirva á los enfermos; pero ordeno al hermano Dositéo que no le toque.* Observó invariablemente la orden del superior; porque el cuchillo

se aplicó luego á la enfermería para uso de los enfermos; pero nuestro santo enfermero en cuatro años que estuvo en el oficio, jamás le tocó ni aun por descuido.

Llegó en él hasta donde pudo llegar la perfeccion de la obediencia ciega, pues se le vieron hacer actos heróicos de esta gran virtud con aquella santa simplicidad que autoriza Dios muchas veces con prodigios, y califica con milagros. La menor señal de la voluntad del superior era para él un precepto expreso, tanto que era menester anduviese con gran cuidado el abad para no dar el mas leve indicio de ella. Y no era esto falta de advertencia ó de capacidad; pues era Dositéo de un entendimiento sólido, vivo, brillante, y despejado; nacia únicamente de una obediencia tan ciega y tan perfecta, que se duda con razon si se ha visto jamás en el mundo religioso mas obediente.

Complácese Dios en comunicarse á las almas puras y humildes; así es que, aunque Dositéo no tenia la mas leve tintura de letras ni de doctrina, poseia un conocimiento tan comprensivo, y una inteligencia tan clara, tan limpia, de los mas elevados, de los mas profundos misterios de la Religion, que algunas veces hablaba de ellos como hombre divinamente inspirado. La atencion con que Dorotéo procuraba mantener en la humildad á su discípulo, le obligaba á humillarle todas las veces que este jóven hermano le hacia preguntas sobre la Religion demasiado altas. Dositéo admitia con gozo esas humillaciones; y el mayor gusto que se le podia proporcionar, era el reprenderle por su ignorancia.

Cinco años pasó nuestro santo en estos ejercicios de obediencia, de exactitud, de humildad, de una continua union con Dios, y otros actos, pequeños á la verdad, pero propios de una devocion ternísima. De noche solo asistia á la última parte de maitines, segun

se le habia ordenado, en atencion á su poca salud. De dia cuidaba de los enfermos, y comia un poco de pescado á las horas señaladas. Adolecia del pecho, arrojando sangre por la boca; y esta fué la enfermedad que al cabo le quitó la vida. La inquietud y dolores que le causaba nunca le pudieron arrancar una leve señal de impaciencia; su ordinaria oracion era esta: *Señor, tened misericordia de mí; dulce Jesus mio, asistidme: Virgen santísima, mi querida madre, no me negueis vuestro favor.* Dijole un hermano que podian aliviarle unos huevos frescos; mostró algun deseo de tomarlos; pero cayendo despues en cuenta, y pareciéndole que esta era inclinacion sensual, la detestó y se acusó al abad como de una tentacion á que habia dado oidos.

Al paso que crecian sus dolores crecia tambien su resignacion y su paciencia. Redújole la debilidad á no poder moverse; y preguntado por san Dorotéo si hacia siempre su acostumbrada oracion. *Ay! padre,* respondió al punto, *y como que la hago; por señas, que no puedo hacer otra cosa.* Sintiendo que ya le iban faltando las fuerzas, pidió con grande humildad á su santo director le diese licencia para acabar los dolores con la vida. *Ten un poco de paciencia, hijo mio, que cerca está la misericordia del Señor,* le respondió Dorotéo. Habiendo pasado algunas horas en una intima union con Dios, al acercarse la noche se volvió dulcemente á su santo abad, y le dijo: *Padre, permíteme acabar en paz mi destierro.* Respondióle Dorotéo lleno de ternura, con lágrimas en los ojos: *Vete en paz, hijo mio, y ponte con mucha confianza en la presencia de tu Dios, que quiere hacerte participante de su gloria; ruega á su Majestad por nosotros.* Al mismo punto el santísimo jóven espiró, como si no hubiese querido morir sino por obediencia.

Haciales grande armonia á algunos monjes ancianos

la extraordinaria opinion que el santo abad tenia de la eminente santidad de su amado discipulo. *Dositéo*, decian entre sí, *no ayunaba; dispensábasele en los ejercicios mas penosos de la religion; tratábasele con una demasiada indulgencia; ¿pues en qué consistía su extraordinaria virtud?* Pero Dios les quiso dar á entender á qué grado tan sublime de virtud se puede llegar en poco tiempo por el ejercicio de una perfecta obediencia. Apenas murió Dositéo, cuando Dorotéo tuvo revelacion del elevado grado de gloria que habia merecido su querido discipulo; y otro santo viejo que pedia á Dios con grande instancia le hiciese conocer los monjes de aquel monasterio que ocupaban mas eminente lugar en el cielo, vió á Dositéo en medio de una multitud de santos, brillando con resplandor sobresaliente al de todos ellos.

---

SAN FELIX, OBISPO.

En este dia hace conmemoracion el Martirologio romano de san Félix, obispo de Metz, ciudad de la Galia Bélgica, la que mereció recibir la luz del Evangelio desde el tiempo apostólico, y tuvo la honra de tener por su primer prelado á san Clemente, mártir, discipulo de san Pedro, por segundo, á san Celestino, siendo san Félix el tercero. Este varon, digno de los mayores elogios por la exactitud en el cumplimiento de su ministerio, modelo de todas las virtudes episcopales, amantísimo de las santas vigiliass, despues de haber gobernado aquella iglesia por espacio de mas de 40 años como un verdadero sucesor de los apóstoles, debiéndose á su infatigable celo el aumento de la ley de Jesucristo, murió lleno de merecimientos por los años de 128. Su cuerpo fué sepultado junto á los de san Clemente y san Celestino sus predecesores, y

trasladado despues á Sajonia por el emperador Enrique. El Señor se ha dignado hacer su memoria célebre, con la multitud de milagros que ha obrado por la intercesion de su siervo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Sicilia, setenta y nueve santos mártires, que habiendo sufrido en tiempo de Diocleciano diversos tormentos, merecieron recibir la recompensa debida á la firmeza de su fe.

En Adrumeto en Africa, los santos Vérulo, Secundino, Siricio, Félix, Sérvulo, Saturnino, Fortunato, con otros diez y seis mas, que, en la persecucion de los Vándalos, fueron martirizados en defensa de la fe católica.

En Escitópolis en Palestina, san Severiano, obispo y mártir.

En Damasco, san Pedro Mavimeno, el cual, por haber dicho á algunos árabes que venian á verle en su enfermedad: *Todo el que no abraza la fe cristiana y católica se condena, como vuestro falso profeta Mahoma*, al punto fué por ellos asesinado.

En Ravena, san Maximiano, obispo y confesor.

En Metz, san Félix, obispo

En Brescia, san Paterio, obispo.

*La misa es de la dominica precedente, y la oracion es la que corresponde á la dominica sexta despues de la Epifania.*

*Praesta, quæsumus, omnipotens Deus, ut semper rationabilia meditantés, quæ tibi sunt placita, et dictis exequamur et factis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...*

Concédenos, omnipotente Señor, que no pensando jamás en hacer lo que no fuere racional y justo, ejecutemos en obras y en palabras todo aquello que fuere de tu agrado: Por nuestro Señor Jesucristo...